

mano ajena que no veinte por nuestra mano; y así, de ordinario es señal de más sólida santidad el padecer que el hacer; pero más vale á veces el hacer que el padecer, si en él hay más caridad; y así en esto no hay regla cierta, sino algunos encarecimientos de varones espirituales.



## LIBRO CUARTO

### DE LA CONTEMPLACIÓN

#### CAPÍTULO PRIMERO

QUÉ ES CONTEMPLACIÓN Y CÓMO SE DIVIDE:  
SUS PASIONES, SUS ESPECIES Y EFECTOS

La contemplación es una luz y ardor espiritual, que añadidos á los hábitos teologales de la fe y la caridad, unen el alma con Dios como con su primer principio, objeto y fin último, con actos vitales y sobrenaturales de fe viva y caridad encendida. La gracia actual, que se añade al hábito de la fe, es una luz algo clara, calurosa y resplandeciente, que representa las cosas divinas reveladas al alma por modo muy realzado, que de ordinario inmuta el alma é inflama mucho la voluntad.

La gracia actual contemplativa que



se añade al hábito de la caridad, es un nuevo ardor ó calor espiritual que suele encender, calentar y abrasar la voluntad. La fe sin aquella luz calurosa será fe teologal, pero no será fe contemplativa. La caridad, sin aquel ardor y calor espiritual, será amor divino teologal, pero no amor divino contemplativo. La fe y caridad, unidas entre sí con aquella gracia actual de luz y calor, son el principio adecuado y total del acto de la contemplación, que consiste en un acto vital y sobrenatural, unitivo de la fe viva y caridad encendida. La fe con aquella luz añadida en el ser físico, por ser acto intelectual, es el más noble y como rey. La caridad contemplativa con aquel ardor, por ser principio de mérito y más noble en el ser moral, es la reina de todas las otras virtudes. De este casamiento de la fe viva y caridad encendida, mediante la gracia actual de la contemplación, nace la esperanza, como hijo primogénito, que espera con grande certeza heredar la gloria como bien muy teologal. De manera que la esperanza no es parte esencial ni intrínseca de la contemplación, sino parte integrante, que la integra y perfecciona, pero no la compone.

El objeto primario de la contemplación es la esencia divina con sus atributos y misterios, y el objeto secundario son todas las cosas divinas reveladas, que se reducen al objeto primario.

La contemplación es perfección del entendimiento y de la voluntad; parte reside en el entendimiento, y parte en la voluntad; lo intelectual se llama fe viva, ilustración divina, luz querúbrica, don de entendimiento y sabiduría práctica.

La parte afectiva, que reside en la voluntad, se llama caridad encendida, amor seráfico y unión realzada. Divídese la contemplación como género supremo en dos géneros subalternos, que son: contemplación querúbrica y seráfica. La querúbrica es en donde, aunque hay dos actos parciales de entendimiento y voluntad, sobresale más lo intelectual. La seráfica es donde más sobresale y campea lo afectivo de la voluntad que la luz intelectual.

La contemplación querúbrica se divide en otras especies ínfimas intelectuales, como son la contemplación mística de la Santísima Trinidad, Encarnación, Eucaristía, atributos simbólicos, coloquios interiores y silencio;



y estas contemplaciones son en donde lo intelectual más campea.

La contemplación seráfica se divide en contemplación ígnea, flámea, vulnerante, activa, pasiva, clara, obscura, y la transformación mística, en donde lo afectivo y fervoroso del amor divino más se descubre.

Las pasiones de esta nobilísima virtud son admiración, gozo, paz, fruición, delectación, suspensión y otras semejantes pasiones propias que experimentan en sí las almas contemplativas. Los efectos son altísimos grados de la gracia habitual, que se llama santidad, ferventísimo amor de Dios, una regalada presencia suya, ejercicio altísimo de virtudes morales, sin las cuales la contemplación es poca y flaca, ó presto se pierde.



## CAPÍTULO II

DE LOS EFECTOS QUE CAUSA LA CONTEMPLACIÓN EN LAS VIRTUDES TEOLOGALES, Y CÓMO REALZA EL AMOR DE DIOS

Las virtudes teologales, como son la Fe, Esperanza y Caridad, son como

un muy fino oro, pero por labrar, que por sí solo basta para enriquecer un alma; pero cuando se les añade la labor, esmalte y pedrería de la contemplación, tienen mayor precio, estimación y realce.

Comenzando por la caridad y el amor divino, por sí solo es virtud que enriquece mucho el alma; pero cuando se le añade aquel fervor y ardor contemplativo, recibe nuevo ser, nuevo lustre y nueva dignidad. Como si á un hombre le hiciesen rey, claro está que la dignidad real le da nuevo ser moral y nuevo realce. Lo mismo sucede á la caridad, la cual, en recibiendo aquel ardor contemplativo, tiene nueva calidad real: como la refinación, añadida á la pólvora, la realza tanto, que cualquiera mínima centella la enciende y convierte en llama de fuego, así en algunos contemplativos la caridad está tan refinada, que cualquiera mínimo pensamiento de Dios les enciende y abrasa; y aun oyendo el nombre de Gloria, Amor divino, Paraíso ó Dios, luego interiormente se encienden, inflaman y arden en amor contemplativo, y en cada criatura hallan motivo para subir al Criador. La diferencia, pues, que hay de la plata al oro y del



oro en masa sin labrar al oro labrado y convertido en joya, ésa hay entre el amor divino teologal y el amor divino contemplativo. Los actos de caridad simples son comunes á los siervos é hijos de Dios; los actos del amor divino fervoroso y contemplativo son propios de los hijos muy queridos y regalados.

La caridad une el alma con Dios, como con su objeto y último fin. La caridad contemplativa une el alma con Dios, como con su primer principio y último fin y objeto. Finalmente, la caridad contemplativa tiene todas cuantas gracias, prerrogativas y excelencias tiene la caridad teologal, y sobre ellas añade la unión forzosa que tiene con la fe viva; añade ardor, fervor y un muy especial género de unión, que se dirá en su lugar.



### CAPÍTULO III

CÓMO SE PERFECCIONAN LA FE  
Y LA ESPERANZA CON LA CONTEMPLACIÓN

LA fe es una luz obscura que tenemos de Dios y de las cosas divinas reveladas; puédesse comparar con un día obs-

curo y nublado, cuando está el sol entre nubes; si entonces el sol se descubriese entre una abertura de las nubes, sería el día más claro y más alegre; siendo así que entrambas luces, la mayor y la menor, la obscura y la clara, proceden del sol y hacen un mismo día. Lo mismo pasa en la luz de la fe y en la luz de la contemplación. La de la fe es como del día obscuro y nublado, pero es luz divina. La luz de la contemplación, que se añade, es como el rayo del sol; pero ambas luces proceden de Dios y son acerca de cosas divinas y reveladas, en recto y en oblicuo; y como cuando entra un rayo del sol por la ventana, vemos con el rayo y con la luz los átomos que andan por el aire, los cuales antes no veíamos, aunque había luz de día, lo mismo pasa en la contemplación, cuya luz es un rayo que sale del Sol de justicia, y en este rayo y con su luz vemos con grande admiración las perfecciones divinas y las imperfecciones humanas, que antes de la luz no veíamos. Y como cuando se despabila una candela, cuanto más pábilo se le quita tanto más luz y claridad se le añade, así, cuanto más materialidad y obscuridad se le quita al hábito de la fe con la



contemplación, tanto mayor viveza, claridad y resplandor se le añade. Estos son los quilates que la luz contemplativa añade á la fe teologal obscura.

Veamos ahora cómo perfecciona la esperanza, que también es virtud teologal. De este matrimonio y unión que tienen entre sí la caridad y la fe en la contemplación, nace, como primogénito y príncipe heredero de la gloria, la esperanza contemplativa, á quien se añade una grande seguridad en lo que espera; y cuanto crece esta seguridad y confianza en la contemplación, tanto mengua el temor, que está en compañía de la esperanza teologal. La esperanza tiene por objeto primero la gloria, que es bien arduo, que espera con algún temor; y por objeto secundario las cosas divinas, que pide y espera en sus oraciones, en cuanto estas cosas conducen á la gloria. Y un alma contemplativa puede llegar á tener tanta confianza y seguridad amorosa para con Dios, que muchas veces no puede dudar acerca de la consecución de lo que pide, sino que interiormente siente una seguridad amorosa que echa toda duda y temor fuera del corazón acerca de lo que pide á su Dios. Y aun yo conocí á una persona contemplati-

va que se acusaba por ver que no podía temer á Dios, por amarle tanto: esto se entiende del temor servil, pues el temor reverencial de hijo siempre queda.

---

## CAPÍTULO IV

### DEL AMOR AL PRÓJIMO EN CUANTO ES EFECTO DE LA CONTEMPLACIÓN

CON un mismo hábito de la caridad teologal amamos á Dios y al prójimo: á Dios como objeto primario, y al prójimo como objeto secundario y cosa que le toca y pertenece á Dios. El amor contemplativo realza tanto este amor del prójimo, que he visto personas contemplativas con un amor tierno y compasivo, en viendo las miserias, caídas, flaquezas y pobreza del prójimo. De este amor nace en estas almas un continuo sentimiento de ver los pecados de los hombres y su grande perdición, y les obliga á hacer muy continua oración por los que están en pecado mortal, por la conversión de los gentiles, por la reducción de los herejes y cismáticos, y por la extirpa-



ción de las herejías. De este amor les nace una muy tierna compasión para con las ánimas del Purgatorio, y ofrecen sacrificios, oraciones é indulgencias por modo de sufragio, y penitencias por ellas. De este amor nace un amor grande de ejercitar las obras de misericordia, socorriendo en cuanto pueden las miserias ajenas; y si no pueden ayudar con la obra, consolando á los tristes, enseñando á los ignorantes, visitando los enfermos y encarcelados, hácenlo con el deseo y afecto, y los encomiendan muy de veras á Dios.

Sobre este amor del prójimo se añade el amor á los enemigos, que es otro realce que suelen tener las almas contemplativas perfectas, que como de ordinario viven perseguidas y cargadas de falsos testimonios, con hartos cuentos, oposiciones, contradicciones y emulaciones, siempre tienen enemigos que les fatigan; y he reparado que las muy contemplativas tienen un amor cariñoso para con éstos, hablan bien de ellos y les encomiendan á Dios en sus oraciones con muchas veras. Estos son los efectos que la contemplación causa en las almas: otros accidentes secretos hay, que ya se explicarán.

## CAPÍTULO V

### DE LA LUZ AFECTIVA QUE NACE DEL AMOR ENCENDIDO

LA luz es una cualidad intencional que hace el objeto visible y cognoscible. Divídese en luz material y espiritual: la material nace del sol ó del elemento del fuego; la espiritual nace de Dios y de cosas divinas. La luz espiritual se divide en luz intelectual y afectiva; la luz intelectual es una especie impresa, infusa ó adquirida, y que, estando en el entendimiento como en propio sujeto, le eleva y alumbra; y como con principio eficiente, ayudándole y representándole su objeto, le ayuda para que produzca el acto vital de entender el objeto y la verdad, que se le aplicó y propuso. La luz afectiva es otro género de especie intencional, que pasa por la llama del fuego de la caridad, que arde en la voluntad, y de allí salta al entendimiento, y le alumbra, calienta y aviva representándole el objeto amado con nuevo lustre y realce, con nuevas calidades y perfecciones. Si la especie intelectual le representa al entendimiento objetos ausentes,



ocultos ó futuros y secretos, se llama luz profética: si le representa cosas divinas reveladas con alguna obscuridad, se dirá luz de fe.

Si esta especie representa con viveza y nueva claridad las cosas divinas reveladas, se dirá luz de contemplación ó ilustración divina. Si descubre con presteza y viveza objetos sobrenaturales, pero luego pasa, se dirá rayo de luz ó relámpago divino. Si descubre cosas celestiales y secretos divinos por modo indebido á nuestra naturaleza, se dirá visión ó revelación; pero si hubiese alguna especie impresa que representase claramente la esencia divina, se llamaría luz ó lumbre de gloria. A esta lumbre de gloria convienen todas las propiedades y oficios de la especie impresa, que son: representar, elevar, ayudar y unir la potencia del bienaventurado con Dios, el cual está poseído é íntimamente unido con la potencia, no en cuanto objeto, sino en cuanto último fin y premio poseído; bien se podrá llamar especie intuitiva de Dios, pues en los viadores hay especie abstractiva de Dios.

La luz afectiva también es especie que nace del objeto en cuanto es amado, de manera que naciendo esta espe-

cie del objeto, y pasando por el amor encendido de la voluntad, el amor comunica nuevo ser y nuevo modo de representar á la misma especie. Quiero explicarlo con los anteojos cristalinos de un anciano, el cual, teniendo la vista cansada y gastada, no ve los objetos; pero si se pone unos anteojos proporcionados á su vista, las especies visibles, pasando por el cristal, se dilatan y esponjan tanto, que le representan los objetos que en sí son chicos y oscuros, claros y muy grandes. Lo mismo sucede al alma enamorada de Dios, la cual, mediante los anteojos de larga vista de afición y amor, ve en su Amado mil lindezas, perfecciones, bondades, misterios, secretos, verdades y grandezas que antes de amarle no conocía, y si las conocía no era de la manera que ahora las conoce. En viendo la pobreza de su Amado, si la mira con amor, le parece riqueza; en viendo el cansancio que se toma por el Amado, le parece descanso; el ayuno le parece hartura; el vestido roto, remendado y grosero, si se mira con amor divino, parece un brocado precioso; y aunque al amor le pintan ciego, lo es para sí y para sus comodidades; pero, para ver las cosas del Amado, es un Argos con



cien ojos. Por esto los teólogos místicos, por amar tanto á Dios, conocen mejor y con mayor viveza las cosas divinas que los teólogos escolásticos, que se aprovechan tan solamente de la luz intelectual y no de la luz afectiva; y en una hora de oración mental, si es contemplación de fe viva y amor encendido acerca del misterio de la Santísima Trinidad, se conocen más perfecciones delicadas, verdades y secretos de este misterio que en veinte horas de estudio especulativo. Es, pues, la luz afectiva unos anteojos de larga vista en lo sobrenatural y divino; es un grande realce de la fe, que le aviva y eleva el conocimiento; es una luz, que no tan solamente como resplandor claro alumbraba el entendimiento y eleva y perfecciona los actos cognoscitivos, sino que trae consigo un calor grande, que enciende toda el alma y le descubre muchas bondades y verdades que antes de aquel instante no alcanzaba. Pocos son los que de ordinario reciben aquella luz, pero ellos son dichosos y muy amigos de Dios; son las columnas de las comunidades en donde viven; saben poner cada cosa en su lugar, y siendo en lo interior muy divinos para con Dios, son en lo exterior bastantemente hu-

manos para con los hombres, sin faltar á la obligación exterior por la devoción interior.

---

## CAPÍTULO VI

### CÓMO LA HUMANIDAD DE CRISTO ES PUERTA DE LA CONTEMPLACIÓN

ENTRE los efectos principales que causa la contemplación en el alma, es criar en ella un amor cariñoso y una regalada presencia acerca de la Humanidad de Cristo Nuestro Señor; que como de ordinario por la Humanidad, como por puerta forzosa, se entra, sube y baja á contemplar la Divinidad y los divinos atributos, cobra el alma un amor tan tierno y regalado á esta sacratísima Humanidad, que con una ojeada que le da queda como herida y prendada con su vista, trato y comunicación. ¡Oh, cómo quisiera ver á todos los contemplativos muy aficionados á esta sacratísima Humanidad, y que se persuadan que todos los dones que no les vienen por esta puerta son sospechosos ó no duran; que la Humanidad es puerta para entrar á tratar con la Divini-



dad, y quien no entra por esta puerta entra como ladrón por las tapias! Ya veo que hay algunos pasos de la contemplación en donde el alma, engolfada con la Divinidad, por entonces no se acuerda de la Humanidad; pero esto es excepción de la regla general, y lo común es que, así como en la contemplación clara de la Esencia divina que tienen los bienaventurados en el Cielo, la vista de aquella Humanidad santísima no impide la contemplación beatífica del bienaventurado, antes le ayuda y realza, así sucede en los viadores contemplativos, los cuales, de tal suerte meditan y piensan en la Humanidad santísima y en su vida, muerte y virtudes, que esta vista no impide la contemplación de la Divinidad, antes le ayuda y realza. ¡Oh, válgame Dios, qué engaño tienen algunas personas piadosas que enseñan que no se ha de poner la vista del alma en esta santísima Humanidad, antes la debemos perder de vista para contemplar más sin especies naturales la Divinidad con sus atributos! En primer lugar, yo pienso que estas almas no experimentan en sí la verdadera contemplación, cuyo objeto es Dios y las cosas divinas; y como no hay aquí en la Tierra cosa más divina que

este Dios Hombre, engañanse los tales si piensan que la Humanidad no es objeto, á lo menos secundario, de la contemplación. Lo segundo, estos tales quieren dar reglas para adquirir una gracia *gratis data*, como es la contemplación, con que las podrán dar de la misma manera para tener el don de hacer milagros; y esto es mal hecho, por depender estos dones más de la liberalidad divina que de la disposición humana. Lo tercero, jamás he comunicado ni visto santo alguno contemplativo, con haber muchos, cuyo ordinario modo de orar y contemplar no sea pensando en la vida, pasión, virtudes, misterios y ejemplos de este Dios Hombre, y de aquí suben á contemplar la Divinidad y las cosas divinas. Lo ordinario, pues, sea la Humanidad; lo extraordinario, sea la Divinidad. Lo cotidiano, sea meditar en la pasión y muerte de Cristo Nuestro Señor, y muchas veces en los Novísimos y pecados; pero de cuando en cuando, á unos pocos escogidos sube Dios por la contemplación. Lo adquirido por la meditación, si es laborioso, también es provechoso; pero lo infuso por la contemplación suele ser más deleitoso que provechoso cuanto al mérito. Acudan, pues, todos á la santísima



Humanidad, y de allí á su tiempo, si conviniere, les subirá Dios á contemplar la Divinidad.

---

## CAPÍTULO VII

### DE LA PRESENCIA DE DIOS

LA contemplación causa admirables efectos en las almas contemplativas; y aunque la presencia de Dios es una gracia *gratis data* que se halla á veces en algunas, si bien no en todas, las personas de todos los estados de la vida espiritual, pero con mayor viveza, facilidad y perseverancia se halla en los contemplativos, la cual consiste en una representación suave y amorosa de Dios, con cuya presencia imaginaria ó intelectual andamos modestos, honestos y callados, con fácil recurso á lo interior, y esto suele ser con devoción y ternura, que nos trae muy recatados en todas nuestras acciones exteriores.

Dividese en presencia intelectual, infusa é imaginaria, adquirida ó infusa; á veces la intelectual es muy interior y va junta de ordinario con algún paso de contemplación. La imaginaria

es principio de muchas jaculatorias, coloquios y hablas interiores, imaginarias y sensitivas, internas y externas. La primera presencia intelectual es propia de los contemplativos. La segunda es común á todos estados, aunque no se halle en todas las personas espirituales, y más si están secas, tristes y desabridas; que entonces á veces es la presencia de Dios á modo de compunción y quejas interiores, así de su mala correspondencia como de la ausencia del Amado, aunque entonces la tienen bien presente.

Estas dos presencias se subdividen en presencia de la Divinidad y de la Humanidad. La de la Divinidad, de ordinario es por especie infusa, y nos causa recogimiento, admiración, veneración, temor suave, y suele ser principio de altísimos grados de la contemplación. La presencia de la Humanidad, las más veces suele ser imaginaria, y es principio de mucho regalo, lágrimas y ternura; dilata el corazón, compone los sentidos, aviva los afectos, y rige y corrige con grande advertencia las acciones ordinarias, y eleva mucho el ejercicio de las virtudes morales; y más si entonces se nos representa la Humanidad de Cristo como



mancebo hermoso que nos acompaña al lado con alegre semblante, ó si se nos representa como resucitado que nos alegra ó niño recién nacido que nos enternece: este género de presencia es de las almas más favorecidas, tiernas y devotas.

Pero si se nos representa con la cruz á cuestras, con la sogá á la garganta ó sentado en una piedra con la mano en la mejilla, ó si se nos representa de ordinario azotado en la columna, crucificado, y en otros modos lastimosos, de ordinario tales presencias son señales de cruces, fatigas, sequedades y otras tribulaciones venideras. Esta gracia en los principiantes dura poco y regala mucho; en los adelantados dura más y regala menos; pero fortifica mucho el alma en orden al ejercicio de las virtudes morales; en los privilegiados y contemplativos no tiene punto fijo, por ser gracia *gratis data*, que depende más de la liberalidad divina que de la disposición humana.



## CAPÍTULO VIII

### VARIOS EFECTOS DE LA CONTEMPLACIÓN

Las ciencias humanas tienen principios universales, de donde se sacan conclusiones forzosas y evidentes, como son dos y tres son cinco, en que no hay más ni menos que dos y tres, como se prueba á la simple vista. Luego se sigue evidentemente que aquí no hay más ni menos que cinco. Estas consecuencias evidentes y forzosas no se sacan en la contemplación cuanto á los favores, dulzuras, lágrimas, visiones y éxtasis, por no tener necesaria conexión en la materia ni en la forma estos favores con la contemplación; y así hay contemplación y contemplativos que no tienen una lágrima, ni saben por experiencia qué cosa es visión ni raptó; y hay algunos con oración vocal y oración mental ordinaria (como es meditación de los Novísimos), que tienen muchas lágrimas y ternuras, y aun visiones y revelaciones; por lo cual, el verdadero y humilde contemplativo ha de hacer más caso de las virtudes que de los favores, y debe estimar más resistir una ó dos horas



de sequedades grandes, desamparos y tentaciones, que no haber tenido dos horas de lágrimas y dulzuras.

También he visto personas regaladas de Dios con lágrimas, devoción y otros favores, cayendo muy á menudo en defectos. Estos, en acabando de tener una hora de muy tierna, regalada y bien llorada oración mental, aquel mismo día caen en impaciencia, se dejan llevar de la cólera, se descuidan en la obediencia, son vencidos por los apetitos sensuales, y en volviendo tristes y desmayados y como desconfiados á la oración, hallan mayor regalo y ternura; y si son los que deben, se confunden y humillan con estos favores, sirviendo estos júbilos domésticos de lastre y contrapeso para que no se desvanezcan con los favores que Dios les hace tan de balde, que, si no hubiese estos defectos exteriores, habría en lo interior vanidad, soberbia, complacencia, estimación propia y desestimación ajena, que son cosas que atan á Dios las manos para que no comunique estas misericordias á sus criaturas.

Hay otras personas tan espirituales en las cuales la contemplación causa extraños accidentes con regalos y favores tan exquisitos que no caben en

la fe humana, y así no me atrevo á especificarlos muy en particular; pues los no experimentados no me darán crédito, porque algunos de éstos oyen, ven y sienten en lo divino unas cualidades espirituales sin color material, una suavidad sin sabor humano, un olor regalado é incorpóreo; sienten otra substancia y otros accidentes muy diferentes de los que aquí experimentamos, y cosas son éstas invisibles é indecibles: los experimentados me entenderán; los no tales, bien se podrán reir de mí, porque ni yo aquí me explico ni ellos me pueden entender.

Pero las personas santas tienen por efectos verdaderos de esta gracia el mejorar la vida y costumbres, despegar el corazón de los gustos temporales, negar sus propios quererres y placeres con la obediencia y con la resignación, andar humildes, contritos y muy temerosos de sí, no tener deseo ni apetecer visiones ni revelaciones, lágrimas, éxtasis ni otras gracias *gratis datas*, tener amor á la soledad, silencio y retiro, gustar del vestido roto y remendado, huir de las honras, comodidades y regalos. Contemplación que causa estos efectos es buena, santa y segura.



## CAPÍTULO IX

CÓMO LA CONTEMPLACIÓN REALZA  
LAS VIRTUDES MORALES

Así como hay unas reinas á quienes sirven y acompañan dos géneros de mujeres: las unas son princesas, que las acompañan por devoción ó afición que las tienen, pero no por obligación; las otras son criadas, que las siguen y acompañan por obligación; lo mismo digo de la contemplación, que, según la fe viva que incluye, es rey de las virtudes, y, según la caridad encendida, es la reina. Hay dos géneros de criadas que las acompañan: las unas son las gracias *gratis datas*, como son don de profecía, don de milagros, don de discreción de espíritus, éxtasis, visiones y don de lágrimas; estas gracias son como princesas que algunas veces acompañan esta reina, pero no siempre; y aunque se hallan en el estado de la contemplación, pero no se hallan en todas las personas contemplativas, sino en una ó en otra persona, y no todos estos dones, sino una ú otra gracia de ellas. Pero las virtudes morales son las criadas, que forzosa-

mente en algún grado han de seguir á la contemplación; y si no hay mucha humildad, paciencia, pobreza y obediencia, la contemplación será poca, flaca, aparente y sospechosa; y como cuanto una reina es más rica y poderosa, tanto más lucidas y bien tratadas andan las criadas; así digo de la contemplación, que cuanto mayor fuere, las virtudes morales, como sus criadas, han de tener mayor realce, nobleza y excelencia en sus acciones.

Comencemos por la humildad, la cual es de dos maneras, afectiva y contemplativa: la afectiva nace del conocimiento propio con que un hombre, conociendo su propia vileza, flaqueza y miseria, se desestima y no se atreve á fiar de sí honras, dignidades y puestos; esta humildad, que en sí es verdad, es muy buena, pero combatida y sujeta á muchas caídas.

La humildad contemplativa es la que nace del conocimiento de Dios, como los bienaventurados, que conocen á Dios claramente, y de esta vista clara tienen un muy claro conocimiento de su nada. Esta humildad es una sólida verdad y desengaño, que trae el alma tan humilde y humillada, que todas las alabanzas, estimaciones,



puestos, dignidades, honras y oficios del mundo no la pueden desquiciar ni mover un punto de ella.

La pobreza es una virtud que desecha de sí todos los bienes temporales con sus cuidados y comodidades; pero puede quedar en el alma algún afecto de ellos; mas la pobreza unida á la contemplación suele desnudar tanto el corazón de toda afición, que viene á aborrecer todas las comodidades temporales, gusta de vestido roto y remendado; desea la vivienda estrecha, pero limpia; la celda pobre, sin alhajas curiosas; apetece la comida moderada, la que es menester para el sustento más que para el regalo. Esto es el realce que recibe la pobreza de la contemplación.

La paciencia tiene tres grados: el primero es tolerar, aunque sea con sentimiento, lo penoso. El segundo es aceptar, aunque sea con repugnancia, lo laborioso. El tercero es amar y aun buscar por Dios todo lo arduo y dificultoso. La contemplación suele elevar tan de punto á esta virtud, que viene el alma á tener hambre y sed de las cruces, calumnias, falsos testimonios, afrentas, cárceles, enfermedades y otras penalidades; y aun la

paciencia, con la inobediencia, suele ser por sí muy conocida entre los contemplativos, los cuales, aun en las grandes cruces, suelen ser muy mansos, sufridos y callados.

La castidad de los contemplativos veteranos suele ser angélica; en los medianos suele ser combatida, pero no vencida. La obediencia, con la abnegación, son las hijas muy queridas de contemplación, con las cuales sacrifican enteramente á Dios el propio juicio y los propios querer y placeres, sin reservar el hombre para sí afecto alguno.

La mansedumbre, llaneza, honestidad, templanza, el retiro, silencio, la verdad y otras semejantes virtudes morales suelen subir de punto y recibir grandes excelencias de la contemplación, la cual, si está sola, sin el acompañamiento debido de las virtudes morales, ó es poca, ó aparente, ó principiante, ó privilegiada, que presto se perderá, y con esto se conserva y crece.

